



GUADALUPE BORGONIO GASPAR
(1925-2004)

Ella, Lupita Borgonio, nos dejó algunas palabras acerca de su vida. Las confió a Laura Espejel cuando nuestro Instituto de Investigaciones Históricas estaba a punto de cumplir sus primeros cincuenta años. Doce de los miembros del mismo, los más antiguos, fuimos entrevistados entonces para integrar un libro de memorias, *Historia e historias*, aparecido en 1998.

Lupita, la auténtica decana, ingresó en el Instituto en 1946, es decir sólo menos de un año después de su fundación. Como ella lo refiere, los orígenes del Instituto fueron muy modestos, instalado en dos salones y un pequeño cubículo en el antiguo templo de San Agustín, transformado mucho antes en Biblioteca Nacional. Allí, al lado de los doctores Rafael García Granados y Pablo Martínez del Río, distinguidos estudiosos y maestros de muchas generaciones, incluyendo la de Lupita y varias compañeras, pusieron en marcha la primera institución universitaria dedicada formalmente a la investigación histórica.

Trasmitiré ahora algunas de las palabras que expresó Lupita recordando su ingreso a este Instituto. Para “tomar vuelo”, como se dice familiarmente, comenzó ella evocando los primeros años de su educación. Nacida en 1925, inició su primaria en 1931:

Mi introducción primaria la realicé —nos dice— en la escuela Luis Murillo, donde tuve como maestra, de cuarto a sexto año, a la señora Eva Sámano, quien aún no se casaba con el que fuera presidente de la República, el licenciado Adolfo López Mateos. Luego estudié en la secundaria número 11, de la cual guardo gratos recuerdos [...].

Después pasé a la preparatoria —sólo había una— la de San Ildefonso, y allí corrí con mucha suerte. Los exalumnos de esa generación nos seguimos reuniendo cada año en una comida, aunque ya varios de ellos emprendieron el viaje final.

Sus palabras, que recuerdan a la Escuela Nacional Preparatoria, en el antiguo y espléndido edificio del Colegio de San Ildefonso, registran su primera vinculación con la Universidad Nacional. Ésta habría de continuarse a lo largo de sesenta y cuatro años, hasta el día de

su muerte, en la misma ciudad de México, en la mañana del 12 de agosto de 2004. Antes de ingresar de por vida al servicio, o mejor entrega incondicional, a la que sería su *Alma Mater*, Lupita cursó la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Veamos lo que acerca de esto nos dejó dicho:

Unas cuantas compañeras [de la Preparatoria] nos inscribimos en la Facultad de Filosofía y Letras, que en esa época se tenía como una escuela de “niñas bien” [...] Mi grupo fue muy reducido, seríamos alrededor de catorce o dieciséis compañeros.

Habla Lupita enseguida de sus maestros, el licenciado Fernando Anaya Monroy, estudioso de la lengua y cultura nahuas; el famoso “güero” José María Luján, que mucho más tarde fue secretario académico en el Instituto de Investigaciones Históricas, así como de algunas de sus compañeras de estudios, dos de ellas investigadoras universitarias, las doctoras Josefina Muriel y Elisa Vargaslugo. Recuerda a otros de sus maestros, como el bien conocido don Federico Gómez de Orozco, que se decía descendiente de la Malinche.

“Estudié paleografía con él —nos dice Lupita—, con él sí aprendí”. Habla asimismo de don Rafael García Granados —con quien mantendría luego prolongada vinculación— y nos dice que “con él tomé tres materias a lo largo de la carrera, historia antigua de México en la Facultad y dos seminarios que impartía en el Museo de Arqueología”.

Concluidos sus estudios universitarios, que mucho le aprovecharon a lo largo de su vida, Lupita experimentó dudas acerca de su ulterior destino. Don Rafael García Granados fue para ella faro y benévolo guía. “Me pidió trabajara con él cuando apenas había fundado el Instituto de Investigaciones Históricas. Claro que no me negué; al contrario, era una magnífica oportunidad que se me presentaba y la aproveché [...] Cuando inicié mi trabajo en el Instituto, yo era realmente la secretaria”.

Por ese tiempo había concluido una investigación, proyecto verosíblemente de su tesis en la Facultad. Su tema fue la “Organización militar de los tenochcas”. Acerca de él manifestó: “Es muy curioso, siendo yo persona calmada y tranquila, ¿cómo es que me gusta la guerra? Pues no sé, pero a mí me llama la atención”.

No llegó a recibirse como licenciada en historia. Desconozco las causas. Tal vez influyó en ella su proverbial modestia. Dicho trabajo, muy bien preparado, lo publicó en dos ocasiones, una en la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (1954) y otra en el *Anuario de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras* (1962).

De su aprecio por su maestro y jefe, don Rafael García Granados, da testimonio otro escrito suyo, "Semblanza hemero-bibliográfica de don Rafael García Granados", incluido en el volumen de homenaje que publicó en 1960 el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Otro tanto haría poco después, dando nueva prueba de su aprecio, a don Pablo Martínez del Río. Investigó entonces acerca de la "Obra y bibliografía de don Pablo Martínez del Río", en ocasión del XXV aniversario de la publicación de su libro *Los orígenes americanos*.

En la recordación que nos dejó Lupita en torno a su vida desfilan, uno a uno, los directores que ha tenido el Instituto de Investigaciones Históricas. Habla así acerca de quien esto escribe y luego de Jorge Gurría Lacroix, hasta llegar a Roberto Moreno de los Arcos. Sus palabras son siempre de generoso elogio. Con ellas va dando cuenta además de las tareas que fue realizando. En vez de citar cuanto manifestó, me remito a dicho texto. Tan sólo pondré de relieve lo más significativo de su trabajo en esos años.

Notó que, siendo yo director, se incrementó considerablemente el número de publicaciones del Instituto, lo cual resultó en un mayor trabajo para ella puesto que hubo de cuidar de la edición de no pocas obras. Refiriéndose en particular a *Estudios de Cultura Náhuatl*, expresó:

Quando el doctor Miguel León-Portilla me pidió que colaborara con él en la publicación de estos *Estudios*, acepté de inmediato y ya son los catorce volúmenes en que yo participo como editora asociada.

Mi trabajo consiste en revisar el estilo de los artículos; que las notas y las bibliografías sigan las normas que tiene el Instituto; revisar las pruebas de galeras y planas y, al final, entregarlo a la imprenta.

Esto y más ha sido el quehacer de Lupita en torno a estos *Estudios de Cultura Náhuatl*. Y puedo añadir que, si ella habló de catorce volúmenes, ahora, para estas fechas (2004), han sido ya ocho volúmenes más en los que se ha afanado, puesto que entregó ella a la imprenta el que ostenta el número 35. Su labor, en verdad admirable, hizo posible que esta serie se haya mantenido viva y apareciera puntualmente. El nombre de Lupita quedará para siempre asociado a estos *Estudios* a los ojos de cuantos se interesan por la lengua y cultura, no diré ya sólo de los antiguos mexicanos puesto que asimismo se ha dado entrada a aportaciones y temas de los nahuas contemporáneos.

En otras muchas tareas me auxilió Lupita. Siempre con dedicación y eficiencia respondió a lo que le pedía. Fungió a la vez como secretaria administrativa del Instituto y atendía así a los requerimientos de sus miembros. En su recordación habla también de cómo nació el

Instituto de Investigaciones Antropológicas gracias, entre otros factores, al empeño del doctor Juan Comas a quien ella admiraba. Para cada uno de los directores del Instituto que retomaron la antorcha tiene ella palabras de reconocimiento y describe los logros que alcanzaron.

Consultando el expediente de esta mujer extraordinaria en el Archivo del Instituto cabe enterarse de lo mucho que realizó. Fue ella miembro de su Consejo Interno y de su Comisión Editorial. También participó en la edición de tres volúmenes de la *Revista Tlalocan*, dedicada a sacar a luz testimonios de las culturas indígenas de México. Y, en lo que a mí concierne, me auxilió de tantas formas y con tan gran eficiencia que requeriría de muy amplio espacio para referir cuanto así llevó a cabo.

Fue Lupita una mujer siempre sonriente. Vestía discreta pero con distinción. De mediana estatura, se mantuvo delgada y de buen cuerpo. En sus últimos años, tras haberse caído y fracturado un fémur, caminaba con cierta dificultad apoyada en un bastón. Siempre puntual, concurría al Instituto, saludaba con afecto a sus colegas, diré que todos la querían y admiraban. Era ella “una luz, una tea que no ahuma”. Su recuerdo en el Instituto de Investigaciones Históricas será imborrable. En él estuvo y trabajó con entusiasmo y sin tregua durante 58 años. Me auxilió a lo largo de 41. Sirvió con gran fidelidad y eficiencia a la Universidad Nacional y a México. Es ella ejemplo para los universitarios y para cuantos creemos que en nuestro país hay motivos para esperar que algún día habremos de superar las desgracias —ineficiencia y corrupción— que nos afligen, Lupita, mujer de proverbial humildad y eficiencia, merece el reconocimiento de nuestra Universidad y de México que se enriquecieron por obra de su trabajo.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA